

DISCURSO PRELIMINAR.

§ 1.

Tal vez podrá parecer extraño que un hombre de mundo se arrogue el derecho de tratar cuestiones, que hasta nuestros dias se han creído exclusivamente propias del cielo y de la ciencia del orden sacerdotal. Sin embargo, espero que, despues de haber pesado las razones que me han determinado á entrar en esta honrosa lid, todo lector de buena fe las aprobará en su conciencia, y me absolverá de toda nota de usurpacion.

Pues que nuestra clase, durante el último siglo, se ha hecho eminentemente culpable para con la Religion, no veo porqué ella misma no ha de ofrecer á los escritores eclesiásticos algunos aliados fieles, que, colocándose á la par de ellos en derredor del altar, aparten de él á los temerarios, sin perjudicar á los levitas.

Y no sé aun si al presente esta especie de alianza no habrá llegado á ser necesaria; porque mil causas han contribuido á debilitar el orden sacerdotal: la revolucion lo ha despojado, desterrado, asesinado.... se ha ensangrentado de todos modos contra los defensores de las máximas que ella aborrecia. Los antiguos atletas de la milicia santa bajaron al sepulcro; algunos reclutas jóvenes se avanzan á ocupar sus lugares; mas necesariamente deben ser muy pocos, porque el enemigo les ha cortado de antemano los viveres con la mas funesta sagacidad. ¿Y quién sabe si Elias, antes de volar á la patria, ha arrojado su-

capa, y ha podido desde luego recogerse esta vestidura sagrada? Es probable sin duda que, on habiendo podido influir ningun motivo humano en la determinacion de esos héroes jóvenes, que se han alistado en este nuevo ejército, se puede esperar mucho de su noble resolucion. ; Pero cuánto tiempo no necesitarán para adquirir la instruccion necesaria para el combate que les espera! Y aun cuando la hayan ya adquirido, ¿les quedará tiempo para emplearla? Las discusiones dogmáticas mas indispensables apenas pueden ejercitarse sino en los tiempos de calma, en que los trabajos pueden distribuirse libremente, segun las fuerzas y los talentos de los operarios. Huet no hubiera podido escribir su *Demostracion evangélica* en el ejercicio de sus funciones episcopales; y si Bergier se hubiese visto obligado por las circunstancias á continuar toda su vida *llevando el peso del dia y del calor* en una parroquia, no habria podido ofrecer á la Religion las muchas obras que lo han colocado en el número de sus mejores apologistas.

A este penoso estado de ocupaciones santas, pero gravosas, se encuentra hoy reducido mas ó menos el clero de toda Europa; pero mas particularmente el de Francia, sobre el cual cayó mas directamente y mas de lleno la tempestad revolucionaria. Marchitaronse para él todas las flores del ministerio, y solo le quedaron las espinas. Para este clero puede decirse que la Iglesia vuelve á empezar; y en el orden natural de las cosas es sabido que los confesores y los mártires deben preceder á los doctores. No es fácil preveer el momento en que, gozando de su tranquilidad antigua, y ya bastante numeroso para hacer marchar de frente á todas las clases de su inmenso ministerio, podrá excitar nuestra admiracion con su ciencia y la santidad de sus costumbres, con la actividad de su celo y los prodigios de sus trabajos apostólicos.

En este intervalo, pues, que bajo de otros respetos no será perdido para la Religion, on veo porqué las gentes de mundo, á quienes su inclinacion ha hecho entregarse á los estudios serios, no deberian alistarse entre los defensores de la mas santa de las causas: aun cuando no sirviesen mas que para llenar los vacios del ejército del Señor, no se les podria al menos negar con justicia el mérito de aquellas heroínas, que á veces se han visto subir sobre las murallas de una plaza sitiada para aterrar é imponer á lo menos al enemigo.

Por otra parte, toda ciencia es siempre deudora, y mas en esta época, de una especie de *diezmo* á aquel de quien procede; *porque Dios es el dueño de las ciencias, y el que prepara todos nuestros pensamientos* ¹. Nos hallamos cercanos á una época, la mayor de las épocas religiosas, en que todo hombre debe, segun sus fuerzas, traer una piedra para el augusto edificio, cuyos planes están visiblemente trazados. La cortedad de los talentos no debe hacer desmayar á nadie; por lo menos á mi no me ha hecho temblar. El pobrecito que en su reducido jardin solo siembra *yerba buena, comino ó eneldo* ², puede ofrecer á Dios sus cogollos con tanta confianza de que serán bien recibidos, como la ofrenda del hombre opulento, que de en medio de sus vastas posesiones derrama á manos llenas á la entrada del Templo *la fuerza del trigo y la sangre de la viña* ³.

Otra consideracion ha contribuido tambien no poco para alentarme, y es esta: un eclesiástico que defiende la Religion, hace sin duda su deber, y merece todo nuestro aprecio; pero para la muchedum-

¹ Deus scientiarum Dominus est, et ipsi præparantur cogitationes. *Reg.* 1, 2, 3.

² *Matth.* xxiii, 23.

³ Robur panis..... sanguinem uvæ. *Ps.* civ, 16. — *Isaie* iii, 1. — *Genes.* xlix, 11. — *Deuter.* xxvii, 14.

bre de gentes frívolas ó preocupadas no es así; se figuran que él defiende su propia causa; y aunque su buena fe sea igual á la nuestra, cualquiera habrá percibido mil veces que los incrédulos desconfían menos de un hombre de mundo, y frecuentemente se le dejan aproximar sin la menor repugnancia: y es constante, y los que han observado atentamente á estas aves siniestras y asustadizas saben bien, que es sin comparacion mas difícil el atraerlas que el cazarlas.

Fuera de esto, permitaseme el decir, si un hombre que toda su vida se ha ocupado en un asunto importante, y al que ha dedicado todos los instantes de que ha podido disponer, que ha dirigido hácia aquel objeto todos sus conocimientos, siente en sí cierta fuerza indefinible que le hace experimentar una como necesidad de comunicar sus ideas, aunque deba sin duda desconfiar de las ilusiones del amor propio, no tiene alguna razon para creer que esta especie de inspiracion no debe despreciarse, mayormente si no carece de alguna aprobacion extrínseca.

Ya hace tiempo que fijé mis *consideraciones sobre la Francia*¹, y si no me ciega la honrosa ambicion de serla agradable, pareceme que mi trabajo no la ha disgustado; y pues que en medio de sus terribles desgracias oyó con benignidad la voz de un amigo, que lo es y la pertenece por Religion, por lengua y por esperanzas de un órden superior que nunca mueren, ¿porqué no habia de prestarme atento oido, hoy que acaba de dar un paso tan grande hácia la felicidad, y ha vuelto á recobrar bastante calma por lo menos para examinarse á sí misma, y juzgarse con prudencia?

Verdad es que las circunstancias han variado mu-

¹ *Consideraciones sobre la Francia*, 1 vol. en 8°, en Basilea, Ginebra y París, 1795, 1796.

cho desde el año 1796. Entonces cada uno podia libremente atacar á los malhechores á su cuenta y riesgo: mas hoy que todas las autoridades han ocupado su lugar, teniendo como tiéne el error varios puntos de contacto con la política, podria suceder al escritor que no estuviese continuamente sobre sí, la desgracia que acaeció á Diomedes bajo los muros de Troya, de herir á una diosa persiguiendo á un enemigo.

Por fortuna nada hay mas evidente para la conciencia que la conciencia misma; y si no me sintiese penetrado de una benevolencia universal, enteramente desprendida de todo espíritu contencioso, aun respecto á ciertas personas cuyos sistemas me dan mas en rostro, Dios me es testigo que hubiera arrojado la pluma, y espero que la bondad de mis lectores no dudará de mis intenciones. Pero este modo de pensar no excluye la profesion solemne de mi creencia, ni el acento claro y elevado de la fe, el grito de alarma á la vista del enemigo conocido ó disimulado, ni en fin, el decoroso proselitismo que nace de la persuasion.

Despues de esta declaracion, cuya sinceridad espero se hallará justificada en toda mi obra, aun cuando mi modo de pensar se hallase en oposicion directa con el modo de pensar de otros, viviré tranquilo: sé muy bien lo que se debe á las naciones y á los que las gobiernan; pero tambien creo compatible con estos sentimientos decirles la verdad con todas las atenciones convenientes. Las primeras lineas de mi obra lo dan ya á conocer, y al que pueda temer encontrar en ella algo que le ofenda, le pido con instancia que no la lea. Estoy intimamente persuadido, y quisiera con todo mi corazón persuadirlo, y demostrarlo á los demás, que *sin el sumo Pontífice no hay verdadero Cristianismo, y que ningun cristiano hombre de bien, que se separe del santo Pa-*

dre, podrá firmar bajo palabra de honor (á no ser un ignorante) una profesion de fe claramente circunscrita.

Las naciones que se han separado de la autoridad del Padre comun, tomadas en masa, tienen sin duda el derecho (los sabios no lo tienen) de llamar á esto una paradoja; más ninguna podrá llamarlo un insulto; pues el escritor que se conserva en las reglas de la verdadera lógica á nadie ofende. No hay mas que una sola venganza honrosa que tomar contra él; y es la de raciocinar mejor que lo que él ha raciocinado.

§ II.

Aunque en el discurso entero de mi obra haya procurado en cuanto me ha sido posible atenerme á las ideas generales, sin embargo, se percibirá fácilmente que me he ocupado con más particularidad de la Francia. Hasta que esta no haya conocido bien sus errores, no hay salvacion para ella: mas si la Francia está aun ciega sobre este punto, la Europa ve aun menos lo que debe esperar de la Francia.

Hay naciones privilegiadas que tienen una cierta mision en este mundo; y yo he procurado explicar ya la de la Francia, que me parece tan clara y visible como el sol. En el gobierno natural y en las ideas nacionales del pueblo francés, se encuentra por todas partes un no sé qué elemento teocrático y religioso. El Francés necesita de la Religión mas que cualquiera otro hombre; y si ella le falta, se encuentra no solo debilitado, sino mutilado: consúltese sino su historia. Al gobierno de los druidas¹, que lo podian todo, entre los antiguos Galos, sucedió el de

¹ Sacerdotes de los antiguos Galos cuando gentiles, pues no hay pueblo que no haya tenido alguna religion y sacerdotes: ésta es una especie de necesidad de todo sér racional, ó diremos mejor, una memoria mas ó menos confusa que conservaban de los primeros padres.

los obispos, que fueron constantemente, y aun mas en la antigüedad que en nuestros dias, *los consejeros del rey en todos sus consejos*. Los obispos, segun observa Gibbon, *han hecho el reino de Francia*¹; y puede decirse con toda verdad que han construido esta monarquia como las abejas construyen un panal. En los primeros siglos de la monarquia, los concilios eran unos verdaderos consejos nacionales, donde *los druidas cristianos*, si nos es permitido expresar así, hacian el primer papel; las formas se habian mudado, pero la nacion siempre se halló la misma: pues aunque la sangre teutónica vino á mezclarse en ella por la conquista, en bastante copia, para dar un nombre á la Francia, desapareció casi enteramente en la batalla de Fontenay², donde ya no quedaron mas que Galos. La prueba se encuentra en la lengua, que cuando el pueblo es *uno*, tambien es *una*³; mas si se mezcla con otras naciones, sobre todo por una conquista, cada nacion constituyente produce su porcion de la lengua nacional, pero la sintaxis, y lo que se llama el *genio de la lengua*, pertenece siempre á la nacion dominante; y el número de voces dado por cada nacion es siempre rigurosamente proporcionado á la cantidad de sangre que respectivamente han dado las naciones constituyentes que se han fundido en la unidad nacional. Ahora pues, el elemento teutónico apenas se apercibe en la lengua francesa, que considerada en su fondo es céltica y

¹ Gibbon, *Hist. de la decad.*, t. 6, cap. 38. Paris, in 8º, 1812.

² El 841, entre Carlos el Calvo y Luis de Baviera de una parte, y Lotario de otra.

³ De aqui procede que cuanto mas se sube á la antigüedad, las lenguas son mas *radicales*, y por consiguiente *regulares*. Esto pudiera hacerse palpable fácilmente con muchos ejemplos. Analicése cualquiera lengua viva, y se verán en ella vestigios de las diferentes naciones mezclados por las manos del tiempo. No creo pueda haber una lengua que no conserve algún elemento de las que la han precedido; pero las grandes masas constituyentes parece que se palpan.

romana, y nada hay de mas grande en el mundo¹.

Por mucho que nós lisonjemos; decia Ciceron, nunca excederemos á los Galos en valor, á los Españoles en número, á los Griegos en talentos, etc.; pero por la Religión y el temor á los dioses, sobrepujamos á todas las naciones del universo. Este elemento romano, naturalizado en las Galias, se acomodó muy bien con el druidismo, al cual el Cristianismo despojó de sus errores y su ferocidad, conservando una cierta raiz que era buena: y de todos estos elementos resultó una nación extraordinaria, destinada á hacer un papel asombroso entre las demás, y sobre todo á encontrarse á la frente del sistema religioso en Europa.

El Cristianismo penetró muy pronto entre los Franceses, con una facilidad que no podia ser sino el resultado de una afinidad particular. La Iglesia galicana apenas tuvo infancia, pues luego que nació se halló, por decirlo así, la primera de las Iglesias nacionales, y el mas firme apoyo de la unidad.

Los Franceses tuvieron el honor único, y del cual no se han preciado bastante, de haber constituido (humanamente hablando) la Iglesia católica en el mundo, elevando á su augusto jefe al grado indispensablemente debido á sus funciones divinas, y sin el cual no hubiera sido mas que un patriarca de Constantinopla; juguete deplorable de los sultanes cristianos, y de los autócratas musulmanes.

Carlomagno, el *Trimegisto* moderno, elevó ó hizo reconocer á este trono, hecho para ennoblecer y consolidar á todos los demás. Es verdad que, como no

¹ Permitasenos excluir la española. En su fondo es tambien romana; pero en el orden de las *vivas* recordaremos aquel dicho de uno que no era español... « Que si los ángeles hubiesen de hablar, lo harian en español. Que la francesa es para hablar con los hombres, la española para hablar con Dios. » Véase sobre la riqueza y hermosura de la lengua española el *Prólogo* de Capmani á su *Diccionario francés español*.

hay en el universo institucion mas grande, tampoco la hay sin duda alguna, donde la mano de la Providencia se haya mostrado de un modo mas sensible; pero cuán glorioso es el haber sido elegido por instrumento ilustrado de esta maravilla única!

Cuando en la edad media fuimos al Asia con la espada en la mano, para abatir en su mismo terreno aquella formidable medialuna que amenazaba á todas las libertades de la Europa, los Franceses iban al frente de esta inmortal empresa; y un simple particular suyo, que no ha dejado á la posteridad mas que su nombre de bautismo¹, adornado con el modesto nombre de *Eremita*, sin mas armas que su fe y su voluntad invencible, fué el que enardeció á la Europa, asustó á la Asia, destruyó la feudalidad, ennobleció los esclavos, trasportó la antorcha de las ciencias, y mudó la faz de la Europa.

A este siguió Bernardo; Bernardo, el prodigio de su siglo, y Francés como Pedro, hombre de mundo y cenobita mortificado, orador y espíritu brillante, estadista y solitario, que él solo tenia mas ocupaciones que la mayor parte de los hombres ha tenido ni tendrá jamás; consultado de todo el mundo, encargado de una infinidad de negociaciones importantes, pacificador de los Estados, llamado á los Concilios, hablando por los Reyes, instruyendo á los Obispos, amonestando á los Papas, gobernando una orden entera, y predicador y oráculo de su tiempo².

Se nos repite sin cesar que ninguna de estas empresas llegó á prosperar. Hasta los niños saben que ninguna cruzada prosperó: pero *todas juntas prosperaron*; y esto es lo que los hombres no quieren ver.

El nombre francés hizo tal impresion en Oriente, que ha quedado allí como sinónimo de *Europeo*, y el

¹ Pedro el Ermitaño.

² Bourdaloue, *Sermon sobre la huida del mundo*, 1ª parte.

mayor poeta de Italia del siglo XVI no se detiene en emplear la misma expresion ¹.

El cetro francés brilló en Jerusalem y en Constantinopla; ¿y qué no podia esperarse de él? Hubiera engrandecido á la Europa, exterminado el islamismo, y sofocado el cisma: mas por desgracia no supo conservarse.

..... Magnis tamen excidit ausis.

Una gran parte de la gloria literaria de los Franceses, especialmente en su siglo de oro ² pertenece al clero: pues como la ciencia, generalmente hablando, se opone á la propagacion de las familias y de los nombres ³, nada es mas conforme al orden que una tendencia secreta de la ciencia hacia el estado sacerdotal, y de consiguiente celibatario.

Ninguna nacion ha tenido mayor número de establecimientos eclesiásticos que la Francia, y ninguna soberania empleó con mayor utilidad propia tanto número de clérigos como la corte de Francia; donde quiera se hallan, ya de ministros, de embajadores, negociadores, preceptores, etc. Desde Suger hasta Fleury no tiene la Francia porqué arrepentirse de haberlos producido; y si el mas fuerte y sobresaliente de todos se remontó alguna vez hasta la inexorable severidad, con todo no llegó al exceso; y me inclino á creer que en el ministerio de este grande hombre no se hubiera verificado la tragedia de los templarios, ni otros sucesos semejantes.

¹ Il popol franco (los cruzados, el ejército de Godofredo). Tasso.

² El de Luis XIV.

³ De aquí nacerá sin duda la antigua preocupacion sobre la incompatibilidad de la ciencia con la nobleza, preocupacion que, como todas las demás, pende de alguna circunstancia oculta. Ningun sabio de primer orden ha podido crear una familia: y así es que aun los nombres de los que mas se han distinguido en las ciencias y en las letras en el siglo XVII ya no subsisten.

La mas alta nobleza de Francia se honraba en ocupar las primeras dignidades de la Iglesia: ¿y qué habia en Europa que fuese superior á esta Iglesia galicana, la cual poseia todo cuanto place á Dios, y cuanto cautiva el corazon del hombre, virtud, ciencia, nobleza y opulencia? Búsquese para pintar la grandeza ideal alguna cosa que exceda á Fenelon, y no se encontrará.

Carlomagno encargó en su testamento á sus hijos la tutela de la Iglesia romana, y este legado, que no quisieron admitir los emperadores alemanes, habia pasado como un fideicomiso á la corona de Francia. La Iglesia católica entonces podia ser representada por una elipse, donde se veia á un lado á san Pedro y al otro á Carlomagno; pero la Iglesia galicana, con su poder, su doctrina, su dignidad, su lengua y su proselitismo, parecia alguna vez reunir los dos centros, y confundirlos en la unidad mas magnífica.

Mas ¡oh debilidad humana! ¡oh deplorable ceguedad! Algunas preocupaciones detestables, que tendré ocasion de desenvolver en el discurso de esta obra, trastornaron enteramente este orden admirable y esta relacion sublime entre las dos potestades. A fuerza de sofismas y de manejos criminales, se llegó á ocultar al rey *cristianísimo* una de sus mas brillantes prerogativas, que era la de presidir (humanamente hablando) el sistema religioso y de ser el protector hereditario de la unidad católica. Constantino se honró en otro tiempo con el titulo de *obispo exterior*, y el de *sumo Pontífice exterior* no llenaba la ambicion de un sucesor de Carlomagno; de modo que este empleo, que ofrecia la Providencia, se hallaba vacante. ¡Ah! Si los reyes de Francia hubiesen querido auxiliar vigorosa y eficazmente á la verdad, hubieran podido hacer milagros. ¿Mas qué puede un rey cuando *las luces de su pueblo están apagadas*? Sin embargo, es menester decir, para gloria inmortal de

esta augusta casa, que el espíritu real que la anima ha sido por fortuna muchas veces mas sabio que las academias, y mas justo que los tribunales.

Trastornada en los últimos tiempos por una tempestad increíble, hemos visto á esta casa, tan preciosa para la Europa, volverse á levantar de nuevo por un milagro que promete otros, y que debè penetrar de un valor religioso á todos los Franceses; pero seria el colmo de la desdicha si creyesen que, porque la columna está otra vez derecha, se ha colocado ya en su lugar. Por el contrario, es preciso creer que el espíritu revolucionario es ahora sin comparación mas fuerte y peligroso que lo era hace algunos años. El poderoso usurpador¹ no se servia de él sino para su propio provecho; sabia comprimirle con su mano de hierro, y reducirle á una especie de monopolio en favor de su corona. Mas desde que *la justicia y la paz se abrazaron*, el genio turbulento perdió todo temor, y en vez de agitarse en un solo foco, se ha extendido y producido una fermentación general por toda una inmensa superficie.

Permitaseme que lo repita: la revolución de Francia no se parece á nada de cuanto se ha visto en los tiempos anteriores: es *diabólica* por esencia²; y jamás podrá extinguirse del todo sino por el principio contrario; y los Franceses nunca podrán recobrar su lugar hasta que reconozcan esta verdad. El sacerdocio debè ser el objeto principal de la consideración del soberano. Si yo tuviese á la vista las listas de las ordenaciones sagradas, podria vaticinar grandes sucesos. La nobleza francesa halla en esta época la ocasión mas favorable de hacer al Estado un sacrificio digno de ella. Ofrezca sus hijos al altar, como lo hacia en los tiempos pasados; pues ahora no podrá de-

¹ Napoleon Bonaparte.

² Consideraciones sobre la Francia, c. 10, § 2.

cirse que ambiciona los tesoros del santuario. En otros tiempos la Iglesia la enriqueció y la ilustró; vuélvale pues ahora todo lo que puede darle, que es decir, el brillo de sus ilustres nombres, con que mantendrá la opinion antigua, y determinará á gran número de personas á seguir los estandartes enarbolados por manos tan dignas: *el tiempo hará lo demás*. La nobleza francesa, sosteniendo de este modo al sacerdocio, pagará una deuda inmensa que tiene contraída á favor de la Francia, y acaso de toda la Europa. La mayor prueba de respeto y de estimación que se le puede dar, es la de recordarle que esa misma revolución que ella hubiera querido impedir y remediar á costa de su sangre, fué no obstante en gran parte obra suya. Mientras una aristocracia pura, es decir, que profese hasta la exaltación los dogmas nacionales, rodee el trono, este será invulnerable, aun cuando la debilidad y el error viniesen á sentarse en él: pero si la nobleza se emancipa; ya no hay salud para el trono, aunque lo ocupase san Luis ó Carlomagno; y esto es mucho mas cierto en Francia, que en cualquiera otra parte. Durante el último siglo, la nobleza francesa lo perdió todo por su monstruosa alianza con los malos principios; y así á ella le toca repararlo todo. Su destino es seguro con tal que no vacile, y se persuada intimamente de la alianza natural, esencial, necesaria, y francesa, que debe haber entre la nobleza y el sacerdocio.

En la época mas desgraciada de la revolución se dijo: *que aquello era para la nobleza un eclipse bien merecido; pero que volveria á ocupar su lugar, si algun dia abrazaba con sinceridad á*

Hijos que le vinieron,

Pero no sus entrañas concibieron¹.

Lo que se dijo hace veinte años se verifica hoy. Si

¹ Consideraciones sobre la Francia, cap. 10, § 3.

la nobleza francesa está sujeta á un alistamiento, de ella misma depende quitarle á este cuanto pudiera tener de afflictivo para las familias antiguas; y cuando ella sepa porqué se hizo necesario, no podrá disgustarla ni perjudicarla. Mas esto se dice solo de paso, y sin entrar en pormenor alguno.

Volviendo, pues, á mi asunto principal, observo que el furor antireligioso del último siglo contra todas las verdades y todas las instituciones cristianas se fijó principalmente contra la santa Sede. Los conjurados sabian muy bien y lo sabian mejor que todos los hombres bien intencionados, que *el Cristianismo reposa enteramente sobre el sumo Pontífice*, y por lo mismo dirigieron todos sus tiros hácia este lado. Si hubiesen propuesto á los gabinetes católicos medidas directamente anticristianas, el temor ó la vergüenza, en defecto de otros motivos mas nobles, hubieran bastado para rechazarlos; y así tendieron el lazo mas sutil para todos los principes, y lograron descaminar á los mas entendidos.

¡Ay! de los reyes sus falaces labios
Lograron seducir á los mas sabios.

Presentáronles á la santa Sede como el enemigo natural de todos los tronos. Esparcieron sobre ella mil calumnias, excitaron desconfianzas de toda especie; procuraron indisponerla con la razon de Estado, y nada omitieron para unir la idea de dignidad á la idea de independencia. A fuerza de usurpaciones, de violencias é intrigas de toda especie, hicieron que la política romana se volviese cautelosa, lenta ó precavida; y luego la acusaron de los mismos defectos que ellos la habian ingerido: por desgracia llegaron en lo que pretendian á tal punto que hace temblar. El mal es de tal naturaleza, que la simple vista de algunos países católicos¹ ha podido algunas

¹ ¿Qué no se vió en los países austriacos en tiempo de José II?

veces escandalizar á los enemigos mismos de la verdad, y hacer que se apartasen de ella. Sin embargo, sin sumo Pontífice todo el edificio del Cristianismo está minado, y no necesita para desplomarse enteramente sino el concurso de ciertas circunstancias que luego manifestaremos.

Entretanto los hechos hablan. ¿Se ha visto jamas que los protestantes escriban libros contra las Iglesias griega, nestoriana, siríaca, etc., aunque ellas profesen dogmas que el protestantismo detesta? Nada menos: antes bien las protegen, les dirigen felicitaciones, y se muestran dispuestos á unirse con ellas, porque tienen constantemente por verdaderos aliados á los que sean enemigos de la santa sede¹.

El incrédulo, por otro lado, se rie de todos los disidentes, y se sirve *de todos*, porque está seguro de que *todos*, quien mas, ó quien menos, y cada uno de su manera, trabajan en su *grande obra*, que es la destruccion del Cristianismo.

Como el protestantismo, el filosofismo y mil otras sectas mas ó menos perversas ó extravagantes *han disminuido prodigiosamente las verdades entre los hombres*², el género humano no puede permanecer en el estado en que se encuentra. Se agita, se fatiga, se avergüenza de sí mismo, y procura con un cierto movimiento convulsivo contrarrestar el torrente de los errores, después de haberse abandonado á ellos con la ceguedad sistemática del orgullo, y en esta

¿qué en Toscana en los primeros años de su hermano Leopoldo? ¿qué en Nápoles bajo el ministerio de Tanucci? ¿qué en Portugal bajo Carvalho? Con toda razon podia clamar la Iglesia llena de dolor: *Filii matris meae pugnauerunt contra me.*

¹ Véanse las *Investigaciones asiáticas* de Claudio Buchanan, doctor en *teología inglesa* (decimos inglesa, porque se entienda que es un anglicano); donde propone á la Iglesia anglicana unirse en la India con la siríaca, *porque esta niega el primado del Papa.* 1 vol. en 8°, Londres, 1812, p. 285 á 287.

² *Diminutæ sunt veritates á filiis hominum.* Ps. xi, 2.

época memorable me ha parecido muy útil exponer en toda su claridad una teoría igualmente vasta é importante, desembarazándola de todas las sombras con que se han obstinado en envolverla desde mucho tiempo. Sin presumir demasiado de mis esfuerzos, espero, no obstante, que no serán del todo vanos; porque un buen libro no es el que persuade á todo el mundo, pues de este modo no habria libro alguno bueno, sino aquel que satisface completamente á cierta clase de lectores, á quienes particularmente se dirige, y por lo demás á nadie deja en duda de la buena fe del autor, y del infatigable trabajo que se ha tomado para penetrarse de su objeto, y presentarlo, si es posible, bajo un nuevo punto de vista. Me lisonjeo ingenuamente que acerca de esto se juzgará he cumplido mi deber. Creo que nunca ha sido mas necesario que ahora ilustrar con todos los rayos de la evidencia una verdad de primer orden, y además creo que la verdad necesita de la Francia: y así espero que la Francia me leerá con bondad, y me tendría por feliz sobre todo, si sus grandes personajes de todos los órdenes, reflexionando sobre lo que espero de ellos, se creyesen obligados á escribir para refutarme.

DEL PAPA

Y DE LA IGLESIA GALICANA.

LIBRO PRIMERO.

DEL PAPA CON RELACION Á LA IGLESIA CATÓLICA.

CAPÍTULO I.

De la infalibilidad.

¡Qué no se ha dicho sobre la infalibilidad considerada teológicamente! Seria difícil añadir nuevos argumentos á los que se han acumulado ya por los defensores de esta alta prerogativa, para apoyarla en autoridades irrefragables, y desembarazarla de los fantasmas con que los enemigos del Cristianismo y de la unidad han procurado rodearla, con la esperanza de hacerla por lo menos odiosa, si no podian conseguir aun otra cosa peor.

Mas no sé si se habrá observado sobre esta gran cuestion, igualmente que sobre otras muchas, que las verdades teológicas no son otra cosa que unas verdades generales manifestadas y divinizadas en el orden religioso, de tal manera, que no se podria combatir é impugnar ninguna de ellas, sin atacar una ley eterna del mundo.

La *infalibilidad* en el orden espiritual, y la *soberanía* en el temporal, son voces perfectamente sinónimas: pues que una y otra expresan ó significan aquel alto poder que los domina á todos, del cual todos los demás se derivan, que gobierna y no es gobernado, que juzga y no es juzgado.